

No dejaron de circular rumores acerca de la irregularidad del proceso, de la conducta observada por Mirowitz en el momento de la ejecución y de las maquinaciones de elevados personajes que hubieron de intervenir en el asunto del triste fin de Ivan. Creyóse á Catalina capaz de haber tomado á Mirowitz como instrumento para consumar el asesinato del infeliz pretendiente, habiéndole luego llevado ante un tribunal para librarse de una persona que poseía tan importante secreto. Todas estas acusaciones que flotaban en la atmosfera política y que estaban contradichas por los detalles fidedignos que acerca del suceso se tienen, se avienen con el tono receloso y polemista de las obras en que posteriormente se trató de la historia de Catalina. Poco á poco se ha ido dejando de dar crédito á tan inverosímiles fábulas (1).

Sin embargo, aun prescindiendo de la sospecha de complicidad secreta de Catalina en la muerte de Ivan, el episodio de Schlüsselburg produjo una impresion dolorosísima, y dió origen á muchos folletos, en los cuales se pintan con negros colores la vida y la catástrofe del desdichado príncipe (2). Aun aquellos círculos de la alta sociedad francesa, siempre inclinados á alabar á la emperatriz, no pudieron menos de hacer algunas sarcásticas observaciones (3), criticando especialmente el manifiesto que publicó Catalina en aquella ocasion. El ministro francés, Praslin, segun se ve en su carta á Beranger, opinó que la emperatriz hubiera procedido mas acertadamente guardando silencio acerca del asesinato de Ivan y poniendo mucho mayor cuidado en no hacer tanto ruido sobre aquella cuestion en general (4). En el mismo sentido se expresó Mme. Geoffrin en una carta dirigida á Estanislao Paniatowski: «El manifiesto referente á la muerte de Ivan, se decia en ella, es ridículo; nada obligaba á la emperatriz á hablar del asunto; el proceso lo ponía todo en claro y esto era suficiente. La emperatriz necesita un consejero. Yo me temo que su talento y el deseo de ser ingeniosa la llevan por mal camino.» La Geoffrin se atrevió á criticar el manifiesto en una carta dirigida á la misma emperatriz (5), y á la cual esta contestó no sin cierto resentimiento: «Vos juzgais el manifiesto como juzga el ciego de la luz: ese documento no ha sido publicado para poner en conocimiento de las cortes extranjeras la muerte de Ivan, sino para enterar de ella al imperio ruso; era preciso decir que habia muerto: cien personas habian sido testigos de su muerte y del atentado de un traidor. Abandonar el asunto equivalía á confirmar los rumores esparcidos por algunos finos é intrigantes diplomáticos. La cuestion era delicada y opiné que debia decir la verdad. El manifiesto y la cabeza del criminal pusieron término á todas las habladurias. El manifiesto consiguió el objeto que se proponia; ergo ha sido bueno (6).»

Poco despues de la muerte de Ivan en Schlüsselburg, pensó Catalina, segun parece, en ofrecer la libertad al infeliz padre del difunto, al príncipe Antonio Ulrico. En este sentido escribió, en 1766, á su corte el embajador dinamarqués Asseburg. Segun este diplomático, el triste suceso de Schlüsselburg habia fortalecido, en el ánimo de la emperatriz, la idea de sacar de la cárcel al príncipe Antonio Ulrico. Pero como, por otra parte, era necesario tomar ciertas medidas de

(1) Beruhardi, II, 2, 213, no cree incondicionalmente en estos cuentos.

(2) Véase, por ejemplo, la *Historia de la vida, del reinado y del desastromiento de Ivan III*, Londres, 1766, y la *Coleccion de documentos relativos á la muerte del príncipe Ivan* etc., Londres, 1765, y otros.

(3) Ssolowieff, XXVI, 223.

(4) Ssolowieff, XXVI, 113.

(5) Ssolowieff, XXVI, 233.

(6) *Ilustracion de la Sociedad histórica*, I, 264.

precaucion, el príncipe prefirió permanecer en el lugar de su destierro. Hizose todo lo posible para endulzar su suerte; Catalina gastó considerables sumas para el sostenimiento de la familia de Ivan, etc. etc. (7).

Inmediatamente despues de la catástrofe de Schlüsselburg, decia el embajador inglés Buckingham, algunas personas quisieron convencer á la emperatriz de la conveniencia de nombrar á los hijos de Antonio Ulrico herederos del trono para el caso de que el enfermizo gran duque Pablo no la sobreviviera; pero luego decidieron contentarse con que la familia de aquel fuera enviada al extranjero y recibiera una pension anual (8).

Lo cierto es que Antonio Ulrico sobrevivió á su hijo diez años, que durante este tiempo estuvo vigilado en Chologory y que sus hijos, seis años despues de la muerte de su padre, es decir en 1780, fueron enviados al extranjero. Repetidas veces habian solicitado su libertad, hasta que la emperatriz creyó oportuno acceder á sus súplicas. La época de los desórdenes y de la aparicion de varios pretendientes habia pasado felizmente. Algunos triunfos importantísimos conseguidos en la esfera de la política exterior habian robustecido el trono de Catalina. Un gobierno enérgico, inteligente y cuidadoso del bienestar del pueblo habia sabido conquistarse gran consideracion en el exterior. Entonces, los pretendientes como los Brunswick no ofrecian ya peligro alguno.

Los primos de Ivan, las princesas Catalina é Isabel y los príncipes Pedro y Alejo, se trasladaron desde Arcángel á Dinamarca, en cuya ciudad de Horsen vivieron internados bajo la vigilancia de la reina madre dinamarquesa, Juliana María, de la cual eran parientes. Todo esto fué objeto del mas profundo secreto. En la instruccion dada á los que los acompañaron en su viaje encontramos el precepto de tomar las mas enérgicas medidas en caso de que alguien quisiera apoderarse de los viajeros ó librarlos de la vigilancia de sus acompañantes (9).

La muerte del último vástago de la familia de Rurik, el Czarewitz Demetrio, á fines del siglo XVI, suscitó muchos años despues, gran número de aventureros que se fingieron el difunto príncipe pretextando que este se habia podido escapar de las manos de sus asesinos. No faltaron tampoco en la primera mitad del siglo XVIII otros aventureros que pretendieron ser el desdichado príncipe Alejo, muerto en 1717 en una fortaleza. Despues de la muerte de Pedro III, aparecieron tambien una porcion de supuestos Pedros (10), y el infeliz Ivan, asesinado en el calabozo de Schlüsselburg, no se libró del destino de sus desgraciados predecesores en punto á supervivencia.

En marzo de 1788, presentóse al duque Pedro de Curlandia un hombre que se decia comerciante ruso y que solicitó de él una audiencia secreta y á solas. Se mandó prender á aquel personaje sospechoso, y llevado ante la cancillería del gobierno, en Riga, declaró que era el ex-emperador Ivan. No se dió crédito alguno á su relato relativo á su fuga de Schlüsselburg en 1764 y á su reaparicion, y le enviaron con todas las precauciones necesarias á San Petersburgo, en donde se averiguó que era un comerciante de Krementschug y que su nombre era Kurdiloff. El engaño quedó pronto demostrado (11).

(7) Véanse los dos despachos de Asseburg en la *Russkaja Starina*, XXV, 505-506.

(8) *La Corte de Rusia*, pág. 238-239.

(9) Véase *La familia de Brunswick*, pág. 35-51.

(10) Véanse los dos capitulos siguientes.

(11) *Siglo diez y ocho*, I, 460-465.

No tenemos noticia de que los de Brunswick ni el nombre de esta familia causaran molestia alguna á la emperatriz. Tampoco eran de temer los primos de Ivan que vivian en Horsen, á pesar de que no podia considerárseles como completamente inofensivos. A las personas que les habian acompañado en su prision de Chologory se les impuso el mas absoluto silencio acerca de la «suspension de la comision de Chologory». Solo en 1817-1819 un sacerdote de Poltawa, que habia vivido por espacio de muchos años en Horsen, al lado de los de Brunswick, se atrevió á hablar de ello y á dar al historiador Bantysch Kamensky, que le instaba para conseguirlos, algunos detalles acerca de la historia de Ivan (1).

No es, pues, de extrañar que tales precauciones excitaran algunos rumores. Cuando, en 1802, el emperador Alejandro visitó la cárcel de Kexholm y dió á un preso desconocido la libertad, bajo la condicion de que viviria en la ciudad, sin salir nunca de ella, y sin hablar á nadie de su pasado, algunos habitantes de la localidad creyeron reconocer á Ivan ó á Mirowitz en aquel desconocido que vivió veinte años entre ellos, trabando conocimiento con algunos y no revelando jamás su nombre. Su secreto bajó con él al sepulcro en 1826. Ya sabemos que no podia ser ni el infeliz emperador ni aquel que ocasionó su muerte al querer darle la libertad. Otros muchos presos «sin nombre» habia en aquella época.

CAPITULO III

PEDRO Y PABLO COMO PRETENDIENTES

Descontento entre los militares.—Opochinin y Batjuschhoff.—Choques entre los soldados.—Falsos pretendientes.—Causas generales de esta aparicion.—Pseudo-Pedros.—Manejos secretos

Muchos años transcurrieron desde el advenimiento de Catalina al trono hasta que pudieron considerarse seguras las cosas en Rusia y robustecido el trono. Es de suponer que, cuando Catalina, poco despues de ocupar el poder, invitó á d'Alembert á que fuera á Rusia y se encargara de la educacion de Pablo, la contestacion negativa del filósofo francés fué motivada por las dudas que ofrecer podia la seguridad de la situacion de Catalina (2). En 1766 corrió por Europa el rumor de que Catalina habia sido envenenada, y con este motivo la emperatriz escribió á la señora Bjelke que tales mentiras eran propaladas por gente que no podia usar de otras armas contra ella: historia de todos los que se encontraban sin mancha alguna (3). La cuestion de si los derechos de Pablo al trono podian ser mas ó menos tarde un peligro para la situacion de Catalina, era objeto de discusion en los círculos políticos. Shirley escribia, en 1768, que Catalina solo podia propiamente ejercer la regencia durante la menor edad de Pablo, y que solo á una mala inteligencia se debia que hubiese sido nombrada emperatriz. Sin embargo, el embajador inglés refutó la opinion generalmente extendida en Europa, de que el trono de Catalina podria vacilar cuando el gran duque llegase á los diez y seis años. Si la emperatriz, escribia, continúa reinando como hasta ahora, es tanto menos de esperar una modificacion, cuanto que el gran duque no tiene talento ni carácter bastantes para levantarse contra su madre (4). Posteriormente, en 1769, Cathcart, el sucesor de Shirley en el cargo de embajador inglés en San Petersburgo, decia á su gobierno que el advenimiento de Pablo al trono, cuando llegara á su mayor edad, podia considerarse como cosa segura, aun cuando él no habia podido enterarse de todos los detalles de esta cuestion (5).

En 1767 residió Catalina, durante el otoño, una temporada en Moscou, y con esta ocasion se dijo que el pueblo habia mostrado gran frialdad á la emperatriz y extraordinaria adhesion al gran duque. Añadióse que un oficial llamado Choglokkoff habia concebido un plan contra la vida de la emperatriz, y habia sido por esto desterrado á Siberia. Ignórase si alguien tomó parte en este atentado, pues la instruccion del proceso no tuvo publicidad. Decíase tambien que Catalina por medio de órdenes remitidas á los altos funcionarios habia querido impedir que á su hijo se hicieran, durante sus viajes, brillantes recibimientos (6).

Ya á principios de la guerra turca, el capitán de caballería de la guardia, Panoff, manifestó su descontento por la situacion de Rusia, seguro como estaba de la conformidad de algunos militares. En estos círculos se criticaban las condiciones de Catalina, diciendo que era intelibante, pero caprichosa y déspota; que la nobleza no significaba nada en su corte; que los intereses del pueblo estaban lastimados por la guerra y por una mala administracion de las rentas; que los vasallos que se sublevaban eran tratados con demasiada benignidad, lo cual daba lugar á disensiones entre Panin y Orloff, etc. etc. Comenzóse á hablar del gran duque Pablo y se dijo que el partido de Panin á él favorable era muy numeroso; que el gran duque habria de recordar que los Orloff habian asesinado á su padre, y que se aproximaba el dia de la venganza. Hasta el paso de Vénus que entonces se observaba sirvió de pretexto para sospechar que se preparaba un gran cambio político: tal fenómeno, decian algunos oficiales, era un signo infalible de que «Dios queria hacer algo.»

Todos estos rumores tenian por fundamento el odio que se sentia contra los Orloff, de quienes se decia que eran incomparablemente mas orgullosos y soberbios que los anteriores favoritos, tales como Rasumowsky y Schuwaloff. Pensábase en tramar una conspiracion en favor de Pablo, pero los oficiales creyeron necesario asegurarse antes el asentimiento

(6) Castera, I, 252-253. Blum, I, 263, y Bernhardt, II, 2, 228.

(1) *Russkaja Starina*, 1873, pág. 68.

(2) Ssolowieff, XXVI, 230.

(3) *Ilustracion de la Sociedad histórica*, XII, 431.

(4) *Ilustracion de la Sociedad histórica*, XII, 336.

(5) *Ilustracion de la Sociedad histórica*, XII, 431.

miento de este, y además faltaba quien quisiera ponerse al frente de la empresa, «un fundador», como decían los militares. Un oficial, llamado Oseroff, opinaba que con el advenimiento de Pablo al trono cesaría todo el malestar: también un tal Ssilin expresó el convencimiento de que debía alejarse á Catalina y entronizarse á Pablo que ya contaba la edad legal. Los oficiales esperaban que el conde Cirilo Gregoriewitz Rasumowsky estaría dispuesto á ponerse al frente de tal empresa, y pensaban también en Rumjanzoff como excelente caudillo.

Todo esto fué objeto de conversacion, pero hubo algunos traidores que denunciaron á los oficiales, los cuales fueron encarcelados y condenados á muerte por una comision extraordinaria de la que formaban parte Chicherin, Jelagin y Wjasemsky. Catalina suavizó la pena conmutándola por la de destierro á Kamtschatka, en Siberia.

Allí se prosiguió la inofensiva intriga, siendo el nombre de Pablo el símbolo de la rebelion, y allí hubo también un audaz aventurero á propósito para desempeñar el papel de «fundador.»

Benjowsky, fugitivo de Hungría, había tomado parte en los desórdenes de Polonia, durante los cuales fué hecho prisionero por los rusos en 1768, y puesto luego en libertad bajo palabra de honor de que no haría de nuevo armas contra Rusia. Habiendo faltado á su palabra y caído de nuevo en poder de los rusos, fué desterrado á Kasan, de donde se fugó, y cogido otra vez, fué deportado á Kamtschatka. Allí, en el fuerte Bolscherjekz, se encontraban otros deportados políticos, entre ellos el lacayo de palacio Turchaninoff, que en 1742 había proyectado un atentado contra la vida de Isabel, Guryeff, Crushchoff y Baturin, los cuales, bajo el pretexto de trabajar en favor de Pablo, urdieron una conspiracion cuyo verdadero fin era poner en libertad á los presos políticos. A la poblacion local se le dijo que todos aquellos infelices padecían tan solo por causa de su adhesión al príncipe Pablo Petrowitz. Benjowsky mostró, entre otras cosas, un paquete atado con una cinta de terciopelo verde, diciendo que era una carta del gran duque Pablo dirigida al emperador romano, en la cual le pedía la mano de su hija. En la primavera de 1771 estalló el motin: el comandante del fuerte, Niloff, fué asesinado, cayendo todos los viveres, dinero y armas en poder de los conjurados: todos los habitantes del lugar hubieron de rendir homenaje al emperador Pablo; los amotinados enarbolaron la bandera de este y se llamaron «Compañía formada en nombre de S. M. I. Pablo Petrowitz» y enviaron al Senado una declaracion, en la cual decían que Pablo había sido preterido injustamente en el trono, y se exponían enérgicas quejas contra el mal gobierno, contra la guerra de Polonia, contra los impuestos, contra los injustos jueces, contra la falta de instruccion en el pueblo, etc.

Sin embargo, pronto se vió que los conjurados no se proponían una modificacion en el Estado, sino que iban mas allá; pues surcaron los mares y tentaron algunas aventuras en la China, en el Japon y en las islas del Océano Pacifico. En el camino murieron Baturin, Turchaninoff y otros. Algunos de los fugitivos fueron asesinados por los habitantes de las islas, y otros en la de Formosa. Benjowsky, con algunos de sus compañeros, y despues de un largo viaje, llegó á Francia y se ofreció al gobierno francés para conquistar la isla Formosa. Dirigióse en seguida á Madagascar y fundó allí una colonia, en la cual adquirió una situacion de príncipe, hasta que despues de largos viajes y aventuras fué muerto en 1786 en un combate que sostuvo contra los franceses en Madagascar. Sus secuaces rusos, atacados de nostalgia, se dirigieron en 1772 al embajador ruso en París, Chotinsky, el cual consiguió para ellos de la emperatriz una especie de

amnistía que les permitió volver á Rusia y vivir libres en distintas ciudades de la Siberia (1).

En 1769, un médico militar, llamado Lebedeff, denunció el siguiente delito político de carácter muy especial: Fähndrich Opochinin, oficial que residía en las cercanías de Kaluga, se hacía pasar por hijo de la emperatriz Isabel y del rey de Inglaterra, el cual, según él decía, había estado diez y nueve años de incógnito en el séquito de su embajada en Rusia. Mas adelante supo Lebedeff que se tramaba contra Catalina una conspiracion cuyo objeto era apoderarse de la emperatriz durante la expedicion que esta hiciera, en año nuevo, á Zarskoje Sselo, y encerrarla en un convento, asesinando á las personas que la acompañaran. Opochinin había querido hacer entrar al médico en esta conspiracion, diciéndole que Rusia caminaba hácia su ruina, pues la emperatriz tenía el proyecto de dividirla entre los tres hermanos Orloff, y asegurando despues, que el partido de los conjurados era numeroso; que en él figuraba un personaje de alta categoría; que el que entraba en él podía estar seguro de recibir grandes honores y cargos; que Catalina no era propiamente emperatriz, sino tan solo regente; que Pablo gozaba de poca salud, de modo que era muy probable que él, Opochinin, como hijo de Isabel y del rey de Inglaterra, llegase á ser emperador, y por último, que el gran duque le había dado ya el Holstein.

Naturalmente Opochinin fué inmediatamente preso, llevado á San Petersburgo y sometido á un interrogatorio, en el curso del cual manifestó que el alférez Batjuschkoff le había hecho creer que era hijo de Isabel; que esta emperatriz había regalado al supuesto padre de Opochinin una sortija de brillantes de un valor de 1,500 rublos, educando además al niño, etc. Para interrogar á Batjuschkoff fué enviado á la provincia un juez de instruccion sumamente experto, el cual se condujo á manera de inquisidor, ejerciendo gran presion, y usando probablemente del tormento. De esta manera se llegó á descubrir el rastro de las conversaciones absurdas y peligrosas para el Estado que Batjuschkoff, jóven de 25 años, había sostenido con sus conocidos. Todo ello en sí era un absurdo: la gente jóven había llegado á figurarse que estaba en peligro la existencia del gran duque Pablo y que Catalina quería casarse con el conde Orloff. De aquí que quisiera dirigirse á San Petersburgo y destronar á la emperatriz. Todo, según opinion de los conjurados, iba mal bajo ese gobierno, siendo preciso entronizar á Pablo para hacer cesar tales abusos. Gregorio y Fedor Orloff debían ser desterrados y Alejo Orloff ser entregado al verdugo; tratábase también por algunos de matar á la emperatriz; de modo que en todo ello se veía un exceso de exaltacion, una falta absoluta de tacto político, un desconocimiento completo de los hechos. La sospecha, que constantemente renacia, de que Orloff, de acuerdo con la emperatriz, quería deshacerse del gran duque, carecía de fundamento real. Mas adelante dijeron los acusados que habían dicho todo esto en el calor de la embriaguez; pero no dejaron de manifestar que habían redactado y firmado una fórmula de homenaje en favor del emperador Pablo Petrowitz, y jurado permanecer fieles al emperador mientras les quedara una gota de sangre, despues de lo cual habían quemado el papel, bebiendo las cenizas mezcladas con vino tinto. Aquellos jóvenes políticos doctrinarios, que luchaban por el principio de legitimidad, no se habían cuidado de saber cómo juzgaría Pablo, una vez llegado á su mayor edad, el destronamiento de su padre y cómo se vengaría de los enemigos de este. Su esperanza era hacer carrera bajo la dominacion de Pablo, ofreciéndose entonces la mis-

(1) Véase Ssolowieff, XXIX, 181-185.

ma combinacion de heroísmo ideal y de vulgar interés propio que hemos visto en la cuestion de Mirowitz. El deseo de prestar un servicio á su patria estaba íntimamente enlazado con el ansia de dinero y de honores, de cargos y de influencia. En medio de esto, vemos siempre en primer término el odio contra los Orloff, que, entre otras cosas, habían contribuido á alejar de la corte á la hermana de Batjuschkoff. Aquellos jóvenes habían creído poder hacer prevalecer el principio de que la dominacion de un hombre debía ser, bajo todos conceptos, preferida al gobierno de una mujer. Creían que Panin, que, según ellos, había salvado á Pablo de la muerte, favorecería, juntamente con otros grandes del imperio, el advenimiento del gran duque al trono, tanto mas cuanto que la emperatriz se encontraba ya en una edad en que podía muy bien retirarse á un convento.

Tal era el resumen de las conversaciones tenidas entre aquellos jóvenes oficiales que tan cara debían pagar su ligereza. Opochinin y Batjuschkoff fueron juzgados merecedores de la pena capital; pero no se les aplicó. Batjuschkoff fué condenado á cinco años de trabajos forzados en el extremo oriental de la Siberia, arrastrando cadena; y despues del entronizamiento de Pablo se le permitió regresar de Siberia, sin que sepamos si la amnistía le alcanzó con vida. Opochinin fué, como militar, destinado á la guarnicion de la línea del Irtisch, y en 1780 se le concedió permiso para regresar al seno de aquellos por causa de los cuales se había visto condenado al destierro perpetuo á Siberia, muriendo al año siguiente. A todos los que se habían visto complicados en el proceso se les impuso el mas absoluto silencio (1); pues el gobierno consideró peligroso que en otras esferas se creyese siquiera en la posibilidad de intrigas funestas para el Estado, tales como las que habían sido tema de las conversaciones íntimas de algunos jóvenes é imprudentes militares.

Un episodio muy semejante al anterior aconteció dos años despues. Algunos soldados del regimiento de Preobraschensk pretendieron haber oído decir entonces (1772) que se quería asesinar al gran duque Pablo, y manifestaron la esperanza de su próximo advenimiento al trono. Sabedores de tales conversaciones, de las cuales solo se reproducían vagos rumores, creían los soldados poder ir mas allá, alentándoles el pensamiento de trabajar en pro del entronizamiento de Pablo, porque de lo contrario sería Orloff proclamado emperador. Comenzóse á hablar de los detalles del golpe de mano y á alistar afiliados á la empresa, suscitándose la cuestion de lo que habría de hacerse con Catalina, si se la encerraría en un convento ó se la «dejaría en reposo.» Alguien propuso que, en caso de que el gran duque Pablo renunciara la corona, fuese asesinado juntamente con su madre y que se esparciera entre el pueblo el rumor de que Catalina, que odiaba á su hijo, había dado muerte á este habiendo al propio tiempo perorado ella. Añadióse que en tal caso podía elegirse emperador según la voluntad de los soldados. Un cabo, llamado Olowenikoff, manifestó la esperanza de llegar á ser emperador; otro cabo, Podgornoff, quería ser nombrado general de artillería; un hermano suyo procurador general, y un soldado, llamado Karpoff, ayudante general. Otro soldado se creyó también candidato para ocupar el trono de los Czares. Nadie pensó en que el príncipe Scherbatoff, que desempeñaba entonces en la corte el cargo de gran maestro de los heraldos, pudiese ser un buen Czar, siendo, como era, un hombre noble, bueno y sabio (2). Estos planes fueron motivados, en

(1) Véanse las actas del proceso en el trabajo de N. Barssukoff, en «La Rusia antigua y moderna,» 1878, III, 287-309.

(2) Scherbatoff era un excelente sabio y publicista: pocos años antes había desempeñado un papel importante en la «Comision legislativa.»

parte, por el rumor que circuló de que iban á ser suprimidos los regimientos de guardias, contándose también entre los soldados que Orloff se había dirigido á Folkschany, donde intervenía en las negociaciones de paz, para hacerse príncipe de Moldavia ó emperador. No había, pues, tiempo que perder y era preciso elevar al trono al gran duque Pablo. Encargóse á Barjatinsky que sondeara la opinion del príncipe, que á la sazón contaba diez y ocho años, y procurase saber lo que le parecía tal empresa. Con 300 militares iniciados en el secreto creían los conjurados poder hacerlo todo. La suerte de la emperatriz debía dejarse á cargo del gran duque. Algunos soldados dieron, en efecto, conocimiento de tan absurdo plan al gentil-hombre de cámara, príncipe Barjatinsky, y naturalmente se abrió en seguida una informacion, descubriéndose algunas conversaciones de los soldados que conocemos por los protocolos del interrogatorio (3).

Catalina estaba ocupada, según su costumbre, con las actas del proceso y escribía, entre otras cosas, al procurador general que era preciso averiguar con exactitud quién pertenecía á aquella «faccion» á fin de poder expulsar de la guardia tales elementos y extirpar el mal de raíz, debiendo sin embargo procederse de un modo benigno y humanitario. Además, para el caso de que en la ciudad produjesen sensacion los rumores de haber sido arrestadas muchas personas, aconsejaba que se inventara una fábula y se la hiciese circular para ocultar la verdadera causa de tales prisiones. La emperatriz estaba admirada de que tantos jóvenes, «casi niños», se prestasen á tal absurdo: el mayor de los reos contaba 22 años, siendo la mayoría de 17 y 18. Todos fueron castigados corporalmente con mas ó menos severidad y condenados á trabajos forzados en Nertschinsk ó á formar parte de los regimientos de Siberia (4).

Los síntomas de cierto descontento y de cierta agitacion no tocaban, pues, nunca á su término. Ya se encontraban hombres temerarios en las esferas de los militares subalternos; ya, según se refiere, intervenían en los complots hombres que ocupaban elevados cargos (5). Se esparcían tan absurdos rumores, se oían en aquel tiempo tan locas proposiciones, que unidas á la inseguridad general respecto de la sucesion

Véase mas adelante, libro IV, capítulo 2.º «Notabilidades parlamentarias.»

(3) Cuando Olotenikoff declaró que sería de buena gana Czar, rióse otro é hizo notar: «¡Tú, con tu extraña figura! Apenas sabes hablar y no puedes hablar nunca: ¿cómo puede una cabeza tan dura gobernar un imperio tan grande? Y aun cuando en ello consintieran los guardias ¿qué dirían los dos ejércitos? ¿qué sería de los que están con nosotros?» Olotenikoff contestó: «Si la guardia prestase su juramento, pronto seguirían los demás.»—Con ocasion de la candidatura de Scherbatoff, dijo alguien: «Ese es un canalla vanidoso que está acostumbrado al lujo y á la buena vida: ¿cómo elevarle al trono? Nada sabe él de lo que necesitan los soldados y los vasallos y solo pensará que todos han sido creados para él.» Un soldado, llamado Issakoff, dijo: «La emperatriz no hace nada malo: todo esto lo hace Orloff; todo va según su antojo: ahora ha emprendido un viaje al ejército para convencer á los soldados y obtener de ellos el juramento de fidelidad: una vez esto conseguido, será Czar: todos los regimientos vendrán á San Petersburgo y nosotros seremos alejados, etc., etc.»

(4) Referido por Ssolowieff, XXIX, 185-189, según las actas del archivo del Estado. A este episodio se refiere, según creemos, una observacion que se encuentra en la conocida obra de Blumm sobre J. J. Sievers, I, 373: «También salieron del regimiento de Preobraschensk traidores que minaron las habitaciones de la emperatriz para hacerla volar á ella y á su hijo (!!). El hecho de que Catalina condenara solo á cuatro oficiales (sic), no permitiendo que la informacion fuera mas allá, prueba los peligrosos descubrimientos que temía hacer.» En esta obra se habla también de una conspiracion que tramaron algunos polacos contra su rey.

(5) Así, por ejemplo, según una denuncia que mas adelante se hizo, el conde Pedro Panin había originado los desórdenes de Moscú del año 1771 para elevar al trono al gran duque Pablo. *Siglo diez y ocho*, I, 107.